

# Entrevista con Sergio Hernández

# Las delicias del jardín

Fabrizio Mejía Madrid

*El departamento de Sergio Hernández en los edificios Condesa de la Ciudad de México es como su pintura: una multitud de sonidos, gente que toca y es recibida en la escalera, llamadas de las galerías, y una pirámide de libros sobre la mesa. El pintor, escultor, tallador, ceramista, y recientemente arquitecto, parece nadar en este abigarrado clima sin preocupaciones, dejándose llevar por su corriente. Una mañana de primavera nos instalamos en ese jardín de sus delicias —un tema pictórico que le ha llevado a juntar en su discurso plástico a los insectos, las corridas de toros, las tlapalerías, el circo y al mismo Apocalipsis— a conversar sobre sus obsesiones que —voy descubriendo— no son sólo temáticas sino también formales. Como el crítico de arte que no soy, pero sí como escucha, la mañana fluye entre café y cigarros en un zoológico de historias. Son las historias que hacen de Sergio Hernández un pintor de la fiesta del mundo. Pienso en esas paredes de los cafés de Oaxaca repletas de animales, plantas, insectos, el sol y la luna, curas como diablos, árboles de la vida, calaveras de latón pintado. Es una mirada al gozoso caos. Todo está en esa pared, el desorden y el método del mundo, su origen y su fin; nada sobra y siempre falta una pieza más. Ese es este jardín que está aún por aparecer. Y nos vamos deteniendo en cada una de las historias que, si bien no explican la obra de Sergio Hernández, al menos nos retratan una cierta mirada a sus intestinos.*

## LOS INSECTOS

Nací en el pueblo de Santa María Xochitlapilco, Huajuapán de León, Oaxaca, y de niño íbamos a las pozas de agua a bañarnos. Yo solía acostarme en el pasto a escuchar los sonidos de las chicharras, entre botones

de amapolas. Las Campanas se llama ese lugar. Yo era un niño tímido y no me atrevía a ir por los insectos y verlos de cerca. Me contentaba con escucharlos e imaginar sus formas. El sonido llenaba el espacio. Yo he llegado a pensar que le tengo miedo al espacio abierto y que necesito ir saturándolo con pequeños elementos. Darles la forma de humanos, y sobre todo el color, como las gotas de agua en las pozas. Ahora colecciono insectos de formas extrañas. De Brasil, de Nueva Zelandia, de Madagascar. Las mariposas que emigran a México desde Canadá, que vuelan a alturas gigantescas llenando el vacío con sus colores.

## LA TLAPALERÍA

Soy hijo de un carpintero y ebanistero así que, desde chico, anduve entre clavos y pedazos de madera para hacer muebles. Cuando vine a la Ciudad de México a vivir, casi a los nueve años, llegamos a una casa a medio terminar en Ciudad Nezahualcóyotl, después nos fuimos al barrio de Tepito y a la colonia Guerrero. Ahí veía yo las tlapalerías, los restaurantes de chinos. Me fui de mi casa a los dieciséis años y, tras algunos años de penurias, pude alquilar un estudio en las calles de Argentina y Paraguay, en el centro, enfrente estaba la tlapalería, *La Paleta Moderna*, donde colgaban todos esos objetos en las vitrinas y el reflejo de las personas en el escaparate establecía una relación estética entre gente y cosas. Cosas y personas que cuelgan puede relacionarse con los instrumentos de la tortura, con cadáveres de reses. Son agonías, convivencias entre muerte y vida.

(Suena el teléfono. Sergio Hernández se ausenta de la salita y mis ojos se posan sobre unas brochas que cuelgan de la pared. Es el origen de su serie sobre *La*

*Paleta Moderna*, 1986. La anécdota es que, tras el terremoto que devastó a la Ciudad de México en 1985, Sergio Hernández encontró sus cuadros al óleo llenos de polvo. No logró limpiarlos y decidió borrarlos con hollín. Esgrafió con un clavo y dibujó lo que miraba desde su taller: los objetos colgantes. Aquí hay brochas suspendidas en el aire. ¿Es una instalación plástica o una forma de tenerlas a la mano? ¿Obra o adorno? En el caso de Sergio Hernández ambas son indistinguibles).

#### LA COCINA

Mi formación fue en equipo. En la ebanistería de mi padre estaba la gente que preparaba la cola, los que labraban la madera, los que lijaban dando los acabados. Cuando tenía dieciséis años me fui a vivir a los talleres de La Esmeralda en la Ciudad de México. Me fui de mi casa, pues. Tenía tan claro que quería ser pintor que me dejaron dormir ahí un buen rato. Moler los pigmentos para el fresco, aplicar la cola de conejo en un lienzo, son actividades mecánicas, pero es la idea renacentista del trabajo colectivo. Fue en La Esmeralda que aprendí a preparar las telas y conocer los colores y su reacción cuando se oxidaban. Aprendí a preparar las tierras, mojarlas con el color, dejarlas secar, aplicarles la capa del óleo. Ahora ya no lo hago. Dejo que mis ayudantes aprendan lo que yo ya sé. Llego sólo para hacer la pintura, que es intervenirla con una punta y dibujar, esgrafiar, formas que llenen los espacios. Ahora que preguntas por las cocinas, fue Alberto Aceves Navarro, uno de mis maestros, quien alguna vez nos preguntó: “¿A que huele la muerte?” Había que traducir esa sensación en una tela, lograr hacer de los sabores, de los sonidos, de los aromas una forma. Resolver un cuadro es tratar de plasmar el olor a los panes de Tamazulapa que son de yema de huevo pero vienen envueltos en alfalfa. O los olores de un armadillo, ¿con qué color se representa? Yo lo pinté con café soluble, con Nescafé, y lo trazaba con agua. Olía al armadillo.

(Suena el timbre. La cocinera ha salido y no puede responder la puerta. Sergio Hernández vuelve a disculparse. Hurgo por el departamento y descubro que en la cocina humean varias ollas. Hace unos años, al ser preguntado sobre el olor de la música de Bach, Sergio Hernández contestó: “A polillas volando”. Y sobre el olor a la muerte, habló del blanco de plomo, un color que es venenoso si se respira. “Huele dulce como la muerte que se te mete por la sangre”).

#### DESMEMBRAMIENTOS

Me quedé desmediado desde niño. Fui muy tímido y me

negué a hablar, tanto así que creían que era sordo mudo. Nunca fui un niño normal, siempre entre cortar árboles, y la producción de muebles. Me hice ajeno a eso, no me gustaba. Pintaba todo el día. Me negué a ir a la escuela. Sólo quería pintar. Mirar los mercados, la lluvia sobre el río, pescar en las pozas, correr en el campo libre. Llego a la Ciudad de México y mi vida seguía en el pueblo. Esta desmembrado. Hasta la fecha tengo esos zaguanes de emoción. Hay intranquilidad en mis cuadros. Nunca alcanzan la paz.

(Ahora es el teléfono el que interrumpe. Algún problema con la apertura, esta misma tarde, de *Cura del viento*, su exposición en la Estación Indianilla de la Ciudad de México. Escucho sus órdenes, negociando con sutileza. Todavía hay tiempo. Recuerdo entonces la palabra que ha usado para su paso de Oaxaca al DF y, luego, a Europa: “desmediado”. Es el vizconde que es partido en dos por un cañón en una novela corta de Italo Calvino. El vizconde demediado tiene, a partir de ese instante, una mitad mala y otra buena. Sergio Hernández, además de un pintor que sabe que la pintura emerge de la pintura, también sabe que surge de la lectura. Entre los libros de su mesa hay una iconografía de justo lo que media entre literatura y plástica; entre bien y mal: Luis Buñuel).

#### EL TZOMPANTLI

Cuando llegué a tener mi estudio en centro de la Ciudad de México, por ahí de 1979, acababan de desenterrar el Templo Mayor de los aztecas. Recordé que en Las Campanas, los baños de mi infancia en Oaxaca, me gustaba internarme en una cueva que tenía un arroyo interior. El agua del arroyo llevaba flores a unas piedras talladas con dioses y leyendas indígenas. Un día dinamitaron la cueva para saquear los restos arqueológicos y venderlos en el mercado negro de arte. En el Templo Mayor me reencontré con esas piedras, con La Luna Desmembrada. En un papel amate me propuse repetir los cráneos del tzompantli del Templo Mayor. Los acompañé con palmeras y otras formas. El cráneo humano es un elemento que me da una solución al espacio. La calavera aparece tanto en el *Popol Vuh* como en los poemas de Quevedo, como en los grabados de José Guadalupe Posada. La muerte es un tema de la vida.

(Me quedo absorto perdido entre la capacidad de relacionar mundos de Sergio Hernández. Mientras ubico la página de mis apuntes, pienso que ninguna de las referencias del pintor es gratuita: en su segunda ida a París, en 1993, comenzó una libreta para ilustrar el *Popol Vuh*. También dibujó en torno al *Sueño de la muerte* de Francisco de Quevedo. Y de la referencia a Guadalupe Posada pues nada podría ser más cercano:

Sergio Hernández trabajó con la familia de Vanegas Arroyo, el impresor de las calaveras que reiniciaron el culto de la calavera como farsa y relajo público. Me ubico entre las líneas. El siguiente tema es temible. Tanto, que vale la pena la aliteración).

## EL DIABLO

Mi padre nos contaba historias del diablo. Como carpintero elaboraba ataúdes. Una vez en Veracruz — nos llevaba con él en los viajes para cortar maderas en las selvas de Chiapas y en las sierras— estaba seguro de que dentro de un ataúd dormía el diablo. Le clavó la tapa para que no saliera y, de noche, se escuchaba como el diablo trataba de escapar. Alguna otra vez, cruzando un río, mi padre se encontró con un perro cuyas patas eran de lumbre. Era el diablo. Mi padre no era católico. Yo tampoco lo soy, pero cuando me hospedaba en La Esmeralda me iba a comer al comedor de los ciegos. Tenía muy poco dinero y me mantenía de tallar Gristos de madera. Dormía sentado en un banquito y vendía mis Cristos. Frente al mercado Abelardo Rodríguez, donde comían los ciegos, me daba clases Abraham Jiménez López, de talla directa. Él era una hereje y contaba chistes del demonio como alguien travieso, más que malo. Pero en 1993, mientras yo estaba por primera vez en París fui preso, no de una travesura, sino del dolor. Durante treinta días estuve en cama debido a una pancreatitis. Demasiado alcohol en el cuerpo. Imagínate que me prestan un equipo de grabador en el taller de Peter Bramsen, a instancias de Francisco Toledo, y lo perdí en la primera borrachera. Luego, llegó el demonio pero no la muerte, que es un límite. Estoy con fiebres altas sin poderme mover. A mí me salva un sueño que tengo una de esas negras noches: tomar agua de pitahaya. Yo había tenido un gran amor que yo soñaba relacionado con el sabor de la pitahaya porque esperaba nuestros encuentros amorosos bebiendo agua de esa fruta. Vivir para volver a probar una pitahaya. Luego de un mes de dolor, me levanté, me bañé, y seguí viviendo. Te mueres sólo cuando cedés.

(La referencia al padre y al diablo no es inocente en Sergio Hernández. Él mismo ha dicho que el cuadro que más le impactó en su primera visita europea fue *The Fairy-Feller's Master Stroke* que Richard Dadd realizó desde 1855 hasta 1864 en el psiquiátrico de Bethlem, en Inglaterra, tras haber acuchillado hasta la muerte a su padre por creer que era el diablo. La ironía de que se apellide Dadd sólo le da más colores a la referencia).

## EL CIRCO

En Oaxaca se toma mucho mezcal. Mi abuelo se metió a un circo en el pueblo. En ese entonces no se contaba con electricidad y el circo que llegó iluminaba sus actos con unos tambos con madera y gasolina. Mi abuelo, borracho de mezcal, se subió al trapecio pero se soltó justo arriba de una de estas fogatas. Murió inmolado. También borracho mi padre me llevo al circo. Sacó una pistola y encañonó al domador. Y me subió así por primera vez a un elefante. Todavía recuerdo las cerdas que tienen en el cuello. Gruesas y duras. En París, en 1995, retomé el tema. Yo vivía en la Ciudad Universitaria y estaba haciendo un cuaderno para ilustrar el *Popol Vuh*. Hay una escena donde unos personajes descuartizan a un perro y lo vuelven a armar. Es una imagen de un circo, de contorsionistas. Los pintores podemos ser como los cirqueros: haces el dibujo y lo tapas con arena. Cuando seca, el dibujo emerge de nuevo. Como sensaciones ocultas de tus estados de ánimo.

(Torcer cosas y ponerlas en su lugar es un acto de contorsionismo. En el *Popol Vuh* Ixbalanqué y Hunahpú son llevados ante La Divinidad. Ellos están aterrados. Para demostrarles su buena voluntad, Los Señores Dioses los convocan: “Despedaza a mi perro”. Ellos acceden y lo descuartizan. La Divinidad lo resucita. El *Popol Vuh* agrega, en una nota de farándula: “El perro no cabía en sí de alegría. Cuando lo revivieron empezó a mover la cola”. Es decir, aquí en el jardín nada puede ser del todo una tragedia. Depende de cómo la contemos).

## EL MEZCAL

Yo hice la serie *Negro Mezcal* después de salvarme de la pancreatitis, en mi primera visita a París. A veces, si le rascas a los colores de la tierra, sacas los horrores del infierno. Durante diez años tomé mezcal y entraba en un delirio. A veces era placentero pero otras, como en los palenques de gallos que te lo sirven caliente, era un alucine. En Otumba, una noche, me subí a un atrio para abrazar a un Cristo. Él, así crucificado, me dijo: “Agárrate de la cruz porque nos vamos”. Y estuve así por días. Fue hace 28 años y me la pasé un año experimentando con el poder del mezcal. Con su lado blanco y su lado negro. Ahora ya no lo pruebo. Tuve suficiente. A veces un vasito de vino en la comida. Nada más.

(La referencia es del novelista Fernando del Paso: “Si le rasca un poco a la noche, aparecen los colores del cielo; si le rasca un poco a la tierra de Oaxaca, aparecen los colores del infierno”. La frase fue escrita a partir de la visión que Del Paso tuvo de la exposición de Sergio Hernández en París, *La Fiesta Negra* en 1987. Todo el que ha seguido la carrera de Sergio Hernández sabe que

# Yo era un niño tímido y no me atrevía a ir por los insectos y verlos de cerca. Me contentaba con escucharlos e imaginar sus formas. El sonido llenaba el espacio.

sus Cristos son calaveras con coronas de espinas. Cuando llega a París por primera vez, tras el terremoto de 1985 en el DF, Sergio Hernández viaja ex profeso a Marruecos para ver un altar en Colmar. Fue la visión de la pintura de Matias Grünewald hecha mientras Colón descubría América, la que suscita una versión culta de aquellos Cristos para la venta en las calles del centro de la Ciudad de México. Todo en Sergio Hernández proviene igual de la tradición popular oaxaqueña que de una apertura pantagruélica a la pintura mundial. Pero en el caso de los Cristos, recuerdo una fotografía donde el pintor Francisco Toledo bautiza a Sergio Hernández que se convierte, en este acto de relajamiento y homenaje a Piero della Francesca, en Juan El Bautista).

## LOS FENÓMENOS

Conocí a un amigo que dirigía la revista *Verso* que yo ilustraba. En esos dibujos comencé a relacionar la estética del cine expresionista alemán con los barrios del centro de la Ciudad de México, en Granaditas, en 20 de noviembre. Pero también con las colonias ricas de San Ángel, donde vivía Alberto Gironella. En la Academia de San Carlos había tardes en que se llevaban enanos y los pintábamos. Como yo tenía doce años no me dejaban hacer desnudos. Ni verlos, por supuesto. Entonces yo me metía en las cantinas y en los prostíbulos y retrataba a esos fenómenos de la noche.

(La conversación fluye con la proximidad de la hora de comer. El departamento ya es una mezcla de a romas entre el humo de los cigarros. He preguntado por los fenómenos porque varias imágenes de las pinturas y esculturas de Sergio Hernández me remiten a la película de Tod Browning, *Freaks* (1932), pero la respuesta versa sobre Gironella que vivía en San Ángel y podía ver a los barrios pobres como fenómenos naturales. Sergio Hernández ha invertido la cosa: los *freaks* pueden ser los ricos. Y esa respuesta me satisface, pues está en el espíritu de la cinta de Browning).

## LA MAGIA

La pintura es imagen pero se necesita más que eso. Hay que convocar a la magia, esa seguridad de que las cosas van a suceder, en la tela, pero también en los reconocimientos, en los premios. Yo he ganado premios hasta con seudónimos porque he convocado lo mágico. La magia es la gracia, la simpatía que está dentro de un cuadro o una escultura. Por ejemplo, desfigurar con una goma de borrar una imagen y que reapareciera ligada a hojas de caligrafía. Con magia fue como hice mi serie de “las casitas”. Vivía en Constanza, en el barrio de Tepito, entre 1982 y 84, un lugar con muchos niños. Les pagaba para que dibujaran casitas y yo les intervenía encima. La casita debía hablar con la “A” del techo y la “E” del horizonte. Aprecia entonces un lenguaje. Eso es magia.

## EL JARDÍN

Ahora he tratado de integrar la escultura al hábitat. Levantar espacios donde lo más importante no es el resultado sino los detalles, el adobe, los espejos de agua. Pero son sobre todo los jardines. Yo he vivido en casas con jardines de aguacates, en Oaxaca, con macetas, en la Ciudad de México, en la azotea donde esperaba yo a una mujer que tenía entre las piernas una flor de amapola. Un lienzo es un jardín. Los insectos copulan en un papel de china. Es por eso que me interesa ahora la arquitectura. Con los arquitectos Ramón Torres y Héctor Velázquez hijo levantamos una casa en Oaxaca, una casa con un espejo de agua arabesco y unos cactus como pilares de un jardín. Eso es lo que hacemos ahora. En realidad no existe una frontera entre los materiales y las formas que se aparecen. Que se evocan y se ausentan. Como los insectos en un jardín.

(Se cierra la libreta. No quedan más preguntas y se ha hecho de tarde. Al bajar las escaleras prometiéndole que iré a visitar su estudio en Oaxaca, recuerdo una imagen que ha contado alguna vez Sergio Hernández. Hace años visitó la plaza de Xemaá El Fná, en Marrakesh, donde se reúnen adivinadores, malabaristas, tragafuegos, profetas, curanderos y contadores de